

empeño, son adecuadas a los lugares, al método con que fueron estudiados. La justedad de los valores, la exquisita sensibilidad de las líneas, lo indeterminado de su claridad les dan una importancia sin par. Alcanza el artista a expresar lo dramático a fuerza de sencillez, de sinceridad y de voluntad, para ver únicamente lo que se debe ver. Fué Darío de Regoyos de los primeros en nuestra época que sintió y tradujo la expresión plástica de la luz sobre los objetos que ilumina, en los espacios que llena; y también ha sentido y traducido la descoloración que produce esa misma luz.

Quizá, piensa, con Pissarro y los demás pintores franceses a quienes hubo un momento que se les calificó de intransigentes, que la luz es amarilla y la sombra morada

quizá abusa tal vez del anaranjado. Sin embargo, conviene decir en su favor, que casi únicamente usa esas coloraciones en la interpretación de los campos burgaleses, cuyas tintas son uniformemente amarillas. Le sobra, en este caso, la razón. En las composiciones donde impera

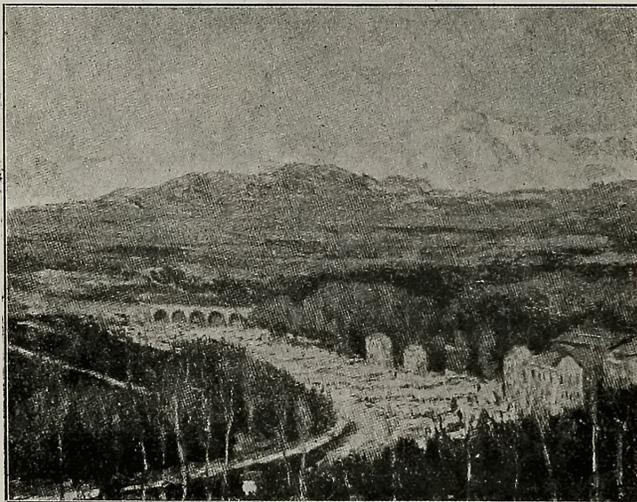
la figura humana, siempre muestra Darío de Regoyos su simpatía por los humildes y los pobres. Es el pueblo el que sirve casi exclusivamente de modelo.

Señalemos, de paso, algunos lienzos del artista: «Una calle de Burgos», «El monte de Haya», «Un pueblo vascongado»,—cuadros que figuraron, durante el invierno de 1906, en una exposición de la galería Druet, de París, con otras impresiones de Castilla y del país vascongado,—«El baile del antiguo San Sebastián», «El día de difuntos», «El Tajo de Ronda», «Otoño»,—exhibidos en una exposición bilbaína formada de cincuenta obras de Regoyos y efectuada en Noviembre de 1909. «El túnel de Pancorbo», «La Sierra de Béjar», «Mercado en Ex-

tremadura», «La procesión de Fuenterrabía», «Carretera de Miranda», «Al salir de los toros en San Sebastián», «En la orilla de un río guipuzcoano». No olvidemos unas cuantas vistas de un pueblo castellano con su iglesia maciza, especie de fortaleza, sus altas murallas, sus casuchas arruinadas y sus campos estudiados en diversos aspectos: por la mañana, al mediodía, por la noche. ¿No ha pintado Monet diez o quince fachadas de la catedral de Ruán, a distintas horas del día?

Hablemos ya de los dibujos de Darío de Regoyos, notas rápidas y expresivas. Los más representan tipos característicos y escenas significativas de las regiones donde pasó. De los más sencillos, a veces aviva-

dos con ligeros toques de pastel o de acuada, redúcese esos dibujos a unas cuantas líneas nada más; pero siempre son esas líneas buscadas y queridas. Luego que logró la expresión que se propuso, se detiene el artista en su labor. ¿Por qué insisten más? Otras líneas serían inútiles, quizá perjudiciales; el único resultado fue-



REGOYOS.

El Manzanares y el Guadarrama.

ra hacer fatigoso el dibujo sin ventaja alguna. Dicen lo que han de decir, y basta. Son esas obras de Regoyos, vistas de montes, playas, escenas de campo, interiores de tabernas, carros con bueyes uncidos, episodios de procesiones, regresos de romerías, tipos de pescadores o de pescadoras, de aldeanos, de campesinas, de ancianos mendicantes, de viejas mujeres vascongadas, tan arrugadas y hechas una pasa que, según observa el escritor belga Emilio Verhaeren, parecen haber asistido a la agonía de Cristo. De semejantes dibujos está lleno el libro que, en colaboración con este último literato, publicó Regoyos con el título: *España negra*.

Llegó el momento de resumir. El arte de Darío de Regoyos, tan sincero, de tanta con-